





**FÚTBOL Y SOCIEDAD:
DE LOS ORÍGENES A LA ERA
PROFESIONAL**



SEPARATA 2

**FÚTBOL Y SOCIEDAD:
DE LOS ORÍGENES A LA ERA PROFESIONAL**

por Pablo Alvira y Ronen Man



Alvira, Pablo

Fútbol y sociedad : de los orígenes a la era profesional / Pablo Alvira y Ronen Man. - 1a ed. - Rosario : El Ombú Bonsai ; Buenos Aires: Consejo Nacional Investigaciones Científicas Técnicas - CONICET, 2012.

50 p. ; 17x17 cm. - (Gritos y susurros : Separatas de historia sociocultural rosarina)

ISBN 978-987-28404-5-7

1. Historia Regional. 2. Historia del Fútbol. I. Man, Ronen II. Título

CDD 796.330 982 24

Fecha de catalogación: 07/08/2012

Esta colección es una obra de divulgación realizada en el marco del proyecto Sociabilidad, espacio público y Estado. Rosario 1910-1940 [PIP 2011-2013 G1, CONICET, N° 112-201001-00061].

Los fascículos tienen un texto claro y sencillo, adaptado para un público amplio sin citas y notas que puedan dispersar la lectura de sus páginas. Ello no significa que se omita o margine el uso de bibliografía. La misma se encuentra señalada al final de cada uno de los fascículos, representando lo que cada investigador e investigadora ha consultado o hecho referencia.

“Lentamente ascendió el balón en el cielo.
Entonces se vio que estaban llenas las tribunas.
Habían dejado solo al poeta bajo el arco,
Pero el árbitro pitó: Fuera de juego.”

Estadio Nocturno, Günter Grass

“El fútbol es un reino de la libertad humana
ejercido al aire libre.”

Antonio Gramsci



Un balón en el cielo

Acaso por la naturalidad con que el fútbol forma parte de nuestras experiencias y prácticas cotidianas, nos ha costado pensar lo futbolístico en términos históricos, como parte de procesos sociales más amplios. Sin embargo, el fútbol va mucho más allá de lo deportivo, e invita a atravesar cada uno de los aspectos de la historia de los sectores populares en Argentina desde principios del siglo XX.

El fútbol llegó a la Argentina en la década de 1860 y se propagó de la mano de los residentes británicos, educadores y trabajadores del ferrocarril. En las grandes ciudades, rápidamente su práctica se popularizó entre los varones jóvenes y luego se vertebró en torno a la organización de clubes. En poco tiempo, el fútbol sufrió un proceso de institucionalización y se desarrolló desde una práctica informal a un deporte moderno y regulado, a la vez que se convirtió en una atracción masiva y en parte insoslayable de la vida cotidiana. En Rosario, ese devenir adquirió rasgos particulares, en virtud tanto del contexto de una ciudad

en plena transformación, así como de la particular dinámica que le imprimieron quienes practicaron y organizaron el fútbol local.

Este volumen se nutre de varios relatos existentes sobre la historia del fútbol rosarino. Se trata de crónicas ricas en anécdotas y estadísticas, pródigas en semblanzas de viejas glorias, y que han escudriñado lugares y nombres imposibles. Pero al mismo tiempo, incorporamos los conocimientos que la historia socio-cultural ha producido sobre el fútbol, la ciudad y la vida de los sectores populares. Porque historizar el fútbol implica tener en cuenta varias dimensiones: la de la práctica futbolística, que nunca fue sólo la oficial con sus ligas y estrellas, sino también la del fútbol aficionado y el informal; la del público, que pasó en poco tiempo de ser un puñado de seguidores cercanos a los futbolistas, a miles de personas que cada domingo se movilizaban para acompañar al club de sus amores; y la de la íntima relación del fútbol con el espacio urbano, ya que ambos crecieron juntos en las primeras décadas del siglo XX.

Con estas premisas, reconstruimos aquí ese proceso, desde que aquellos “ingleses locos” trajeron el fútbol, sus instituciones

y reglamentos, hasta la década de 1930, cuando se produjo la profesionalización, y el fútbol se consolidó como un espectáculo popular, con la mayoría de las características que aún hoy lo siguen identificando.

La llegada del fútbol a Rosario

Como otros deportes originados en Gran Bretaña, el fútbol llegó a estas tierras en la segunda mitad del siglo XIX de la mano de la expansión del capitalismo. Los ingleses habían “inventado” el fútbol moderno. Si bien se pueden rastrear juegos similares, menos estructurados y generalmente más violentos, desde finales de la Edad Media tanto en las propias islas británicas (el *football* de carnaval) como fuera de ellas (el *calcio* florentino), fue a mediados del siglo XIX cuando algunos colegios británicos agruparon los distintos códigos de *football* en un reglamento unificado. Además de traer las prácticas deportivas y sus reglamentos, trajeron experiencia en la organización de instituciones como los clubes. El fútbol desembarcó en los puertos de Rosario y Buenos

Aires pero se propagó por todo el país a través de los empleados de las empresas inglesas.

Cuando los residentes británicos organizaron los primeros *matches* de fútbol, Rosario estaba en plena transformación. Entre el último cuarto del siglo XIX y hasta la 1ª Guerra Mundial, la economía argentina experimentó un notable crecimiento, basado en la exportación de productos primarios: lana al principio, y más tarde cereales, lino, carne congelada y animales en pie. El auge exportador argentino fue parte de un proceso de internacionalización del intercambio comercial que se aceleró a fines del siglo XIX con el desarrollo del capitalismo y una acentuada división internacional del trabajo que implicaba que los países periféricos exportaran productos primarios. En este marco de auge de modelo agroexportador y consolidación del estado-nación, Rosario se convirtió en la segunda ciudad de Argentina gracias a su rol de ciudad-puerto, y en tanto punto de confluencia de una vasta red ferroviaria, donde convergían los ramales más importantes del país, entre ellos los que transportaban la producción de las colonias agrícolas.

Los países europeos no sólo colocaban capital, también expulsaban fuerza de trabajo, que emigró principalmente a los países americanos. Argentina fue uno de los países que recibió esta inmigración masiva, cuyos efectos fueron, aparte del demográfico, la transformación del paisaje urbano y complejización de la estructura social. La antigua Villa del Rosario que en 1851 tenía tres mil habitantes, llegó a 23.169 según el censo nacional de 1869, de los cuales el 25% eran extranjeros. Se trató de una vertiginosa expansión económica y demográfica que en poco más de medio siglo tornó a Rosario en una de las ciudades más importantes del país.

Con avances en la infraestructura y los servicios, la ciudad se fue transformando paulatinamente. Se desarrolló, en pocos años, una red de vapores, diligencias, mensajerías y correos que comunicó regularmente a Rosario con la mayor parte de las provincias argentinas, además del establecimiento de un ferrocarril de Rosario a Córdoba y de Rosario a Buenos Aires, y la conexión marítima directa con puertos de ultramar. Se abrieron bulevares y avenidas, se crearon parques y, con el desarrollo de los medios de transporte públicos, comenzaron a asomar los barrios de la periferia. Pueblos aledaños fueron incorporándose a la planta urbana y surgieron

barrios totalmente nuevos fuera del casco histórico. Desde mediados del XIX, las zonas en torno a las desembocaduras de los arroyos Ludueña y Saladillo, que durante mucho tiempo marcaron los límites norte y sur de Rosario, fueron destinadas al desarrollo de actividades productivas. En el norte, Pueblo Alberdi y La Florida con su balneario, y sus quintas hortícolas y vitivinícolas; en la zona noroeste cercana al arroyo Ludueña surgió Fisherton con la compra de esos terrenos por parte del Ferrocarril Central Argentino; al sur, las tierras de Arijón se subdividieron y vendieron a la compañía Sociedad Anónima “El Saladillo”. En esta periferia en crecimiento se conformaron los primeros barrios de trabajadores, con sus construcciones precarias, que significaron con el correr de las décadas un desplazamiento de la población trabajadora del centro hacia los barrios.

Las transformaciones urbanas y en las comunicaciones que experimentó Rosario en ese período, fueron fortalecidas por la creación del Ferrocarril Central Argentino, entre 1867 y 1870. La línea ferroviaria que pretendía unir Rosario con la mediterránea ciudad de Córdoba, a lo largo de las colonias cerealeras, fue proyectada, construida y explotada por empresas británicas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la colonia británica en las grandes ciudades argentinas tenía una importancia significativa, aunque fuera más reducida en número comparada con otros contingentes. A los que ya vivían desde hacía décadas, se sumaron los recién llegados conformando una colonia compuesta principalmente por propietarios de tierras, empleados jerárquicos de los bancos, tiendas comerciales, y de los ferrocarriles y tranvías. Como lo hizo en otras partes del mundo, esta población británica extendió la práctica de deportes originarios de las islas, con relativo éxito dependiendo de las regiones: cricket, rugby y fútbol. Gran parte de estos británicos eran empleados del Ferrocarril Central Argentino, y a su actuación están vinculados los orígenes del fútbol en Rosario.

Hay una vía mítica del ingreso del fútbol a nuestras tierras: las historias de marineros ingleses se repiten, tanto para Buenos Aires como para Rosario. Es posible que en ambos puertos los lugareños hayan sido testigos, algo perplejos, de disputas informales entre grupos de marineros corriendo como locos tras una pelota. Sin embargo, el fútbol en Argentina tiene otros orígenes demostrados: las escuelas y las empresas ferroviarias británicas.

En la capital del país, los inicios del fútbol están vinculados a establecimientos educativos de la colonia inglesa, principalmente al Buenos Aires English High School y su iniciador, el educador escocés Alexander Watson Hutton. Y en Rosario lo más probable es que los primeros partidos de fútbol tuvieran lugar en las instalaciones del Rosario Cricket Club, fundado en 1867 por británicos vinculados a los emprendimientos ferroviarios. Este club fue creado con la intención original de practicar el cricket, pero la popularidad del fútbol en Gran Bretaña pronto repercutió en los ámbitos ingleses de estas tierras. El primer campo de deportes del nuevo club se encontraba en la intersección de las calles España y Salta. Los primeros encuentros, ocasionales, fueron entre los socios del club, en su mayoría empleados del ferrocarril y de algunos bancos británicos. En 1889, el antiguo Rosario Cricket Club pasó a llamarse Club Atlético del Rosario, instalándose en su actual ubicación de las calles Córdoba y Crespo, en un terreno donado por los hermanos ingleses Eduardo y Carlos Jewell, conocido luego como Plaza Jewell.

Para Atlético del Rosario y los otros clubes fundados por ingleses en Argentina, la organización del fútbol y la dinámica de

su juego estaban regidos por los códigos morales del *fair play*, valores y prácticas fomentados desde las escuelas británicas. Además de la corrección en el juego, implicaba entre otras cosas, la no ostentación por parte de los vencedores. Los futbolistas debían ser auténticos *sporstmén*, cualidad que implicaba distinción, caballerosidad y excelencia. Opuesta, según los criterios británicos, al temperamento local, “criollo”.

La trayectoria futbolística de Atlético del Rosario fue destacada hasta mediados de la década de 1910. Por varios años, fue el único equipo local que compitió con sus homólogos de Buenos Aires, como Lomas, Quilmes y el Alumni de los hermanos Brown. A este último equipo, emblema de la primera época del fútbol argentino, Atlético llegó a ganarle en 1902 la final de la Copa Competencia, el torneo de fútbol más importante, ya que incluía al equipo rosarino, a los de la liga de Buenos Aires y a equipos montevideanos.

La actividad futbolística de Atlético del Rosario comenzó a decaer a medida que el fútbol se popularizaba y adquiría rasgos locales, al tiempo que perdía las características que los clubes de

tradición británica más apreciaban, condensadas en el amateurismo y el sportivismo. Pero la retirada futbolística definitiva del club de Plaza Jewell se dio en la coyuntura de la Primera Guerra Mundial, cuando la institución se vio muy afectada por la conflagración, con socios -incluso jugadores del equipo- que lucharon en el frente. En los años veinte, Atlético del Rosario se volcó a actividades que permitían sostener el espíritu amateur-elitista que reivindicaban, como el rugby.

Los clubes ingleses eran instituciones cerradas, exclusivas: su cuota social era alta, los postulantes a nuevos socios debían ser presentados por padrinos, además de ser ámbitos de sociabilidad excluyentemente masculina. Otros clubes deportivos en el país, intentaron organizarse a la manera de los que habían constituido los residentes ingleses. En ellos se establecían claras pautas de discriminación mediante exigentes requisitos para asociarse y, específicamente en la práctica deportiva, se sostuvo a rajatabla el *fair play*. Sin embargo, aunque algunas iniciativas de este tipo hayan tenido éxito, como en el rugby, el fútbol pronto se separó de este pequeño mundo para convertirse en un deporte verdaderamente popular y en un espectáculo de masas.

Los primeros clubes y la liga

Desde la creación del Rosario Cricket Club hasta el novecientos, la práctica del fútbol fue ejercida predominantemente dentro de la colonia inglesa. El peso de la tradición británica siguió siendo fuerte hasta bien entrado el siglo XX. Bajo este influjo, con el correr de los años se fueron fundando los primeros clubes.

Con un origen fuertemente ligado a la empresa Ferrocarril Central Argentino, en 1889 inició sus actividades Rosario Central. Lo hizo bajo una denominación tributaria de la tradición británica: Central Argentine Railway Athletic Club, con el rojo y el blanco como colores iniciales. Muchas empresas de capitales extranjeros establecidas en Argentina estimularon prácticas de sociabilidad entre sus empleados, como un modo de alejarlos de la vida política y sindical, intentando crear una comunión de intereses entre obreros y patronal, generando una identificación en términos paternalistas. Una de las más importantes de esas prácticas fue el fútbol. El Ferrocarril Central Argentino organizaba tempranamente torneos inter-departamentos dentro de la empresa. En el marco de aquellas experiencias, a fines de 1889,

empleados y funcionarios de la compañía ferroviaria fundaron un club, que a diferencia de Atlético del Rosario, desestimaría la práctica del cricket a favor de una entrega exclusiva al fútbol.

Los protagonistas principales de los primeros momentos fueron británicos, y durante muchos años el Central Argentine Railway Athletic Club no admitió socios que no tuvieran alguna vinculación con la empresa. Pero a medida que el club se fue acriollando, esas características y el propio el nombre fueron discutidos. En 1903, en una legendaria asamblea se castellanizó el nombre por el de Club Atlético Rosario Central, y se abrió la inscripción para cualquiera que quisiera asociarse.

En la línea de los establecimientos educativos británicos iniciada por la porteña Buenos Aires English High School de Watson Hutton, que introducían la disciplina deportiva como modeladora de la conducta de los alumnos, en 1903 se creó el Club Atlético Newell's Old Boys a instancias de directivos y ex-alumnos del Colegio Comercial Anglicano Argentino. El nombre homenajeaba al fundador del colegio, el profesor inglés Isaac Newell, que había llegado a Rosario en la década del '70 y que antes de su

etapa como educador se había empleado en la empresa que construía la línea de ferrocarriles Rosario-Córdoba.

Durante toda la primera década del siglo XX proliferaron los clubes, lo que da testimonio de la difusión de este deporte, y se fundaron varios de los que formarían la élite futbolística de la era amateur: Club Atlético Provincial (1903), Gimnasia y Esgrima (antes Club Atlético Argentino, 1904), Club Tiro Federal Argentino (1905), Central Córdoba (antes Córdoba and Rosario Railways Athletic Club, 1906), Sparta Athletic Club (1905), Club Belgrano (1911) y Club Atlético Argentino (antes C. A. Embarcaderos, luego Nacional, 1912) en Barrio Refinería.

Las circunstancias de la creación de un club eran variadas. Era frecuente, por ejemplo, que empleados de un comercio fundaran un club de fútbol: el caso más conocido es Independiente de Avellaneda. Pero también sucedió en Rosario: aunque no perduraría más allá del profesionalismo, en la década del diez un club llamado Estudiantes fue fundado por empleados de Droguería El Águila, así como también la tienda Gath y Chaves tuvo en la misma época un equipo competitivo.

Otro ejemplo interesante es rescatado por una crónica: en 1904, un grupo de empleados de distintas empresas comerciales cuyas actividades bancarias cotidianas los hacía encontrarse en la sede del Banco Español del Río de la Plata, consiguió que un notorio cliente del banco, les prestara un predio desocupado que poseía en calles Mendoza y Vera Mújica para practicar fútbol. Fundaron El Albión Rosarino y en poco tiempo juntaron casi cien socios. El caso del Albión Rosarino también sirve para mostrar las distintas opciones a la hora de nombrar al equipo, en esta oportunidad apelando a la tradición anglófona (*Albión* era el antiguo nombre de las islas británicas).

Durante los primeros años, para estos nuevos clubes que se iban creando uno de los problemas básicos fue poseer un terreno de forma estable. La trayectoria de varios de ellos es ilustrativa al respecto. La primera cancha que tuvo Rosario Central fue en un predio cedido en barrio Talleres. Poco tiempo después debió mudarse a la Estación Villa Sanguinetti, y al cabo de varios años recién obtuvo un permiso precario de la municipalidad para ocupar el sitio definitivo en el barrio Arroyito.

Otros clubes lograron instalarse en el recientemente creado Parque Independencia. En 1904 al cesar sus actividades el Veloz Club, una efímera asociación nacida con el parque, miembros de Estudiantes Fútbol Club y C. A. Argentino solicitaron a la Municipalidad que les cedieran sus terrenos. La concesión se produjo después de la unificación de estos clubes, de esta manera el club resultante se denominó C. A. Argentino que en 1914 pasó a llamarse Gimnasia y Esgrima. Otra de las instituciones que se instalaron en el Parque es el Club Atlético Provincial, fundado en 1903 pero que obtuvo la concesión para instalarse en el Parque en 1908. Originalmente se le destinó el espacio que a partir de 1915 ocuparía el Rosedal, donde inauguró su cancha de fútbol con un partido amistoso contra Newell's Old Boys. Este último, por su parte, obtuvo en 1911 la concesión de los terrenos que sigue ocupando en la actualidad.

En Buenos Aires, el impulso dado al fútbol en las escuelas británicas había dado origen a una liga en 1893, creándose la Association Argentine Football League, con mayoría de equipos provenientes de aquellas escuelas, entre ellas la pionera Buenos

Aires English High School, que luego con el nombre de Alumni dominaría el fútbol de Buenos Aires hasta su disolución en 1912.

La creciente popularización del fútbol y el antecedente de la Association Argentine Football League llevaron a algunas de las instituciones recientemente fundadas en Rosario a plantearse la necesidad de organización de un torneo. Con este objetivo crearon la Liga Rosarina de Fútbol, en marzo de 1905. A partir de una propuesta del presidente de Newell's Old Boys, Victor Heitz, se convocó a los representantes de Atlético del Rosario, el propio Newell's, Rosario Central y Gimnasia y Esgrima de Rosario, para sentar las bases de la nueva institución, que tuvo su primera sede en el Hotel Britania, en calle San Martín entre San Lorenzo y Urquiza. Antes de comenzar el certamen, llamado Copa Santiago Pinasco en honor al intendente de la ciudad, se afiliaron dos equipos más: Club Atlético Provincial y Rosario & Córdoba Railway Athletic Club (Central Córdoba). En 1907, en vistas del incremento de la participación de *teams*, la Liga Rosarina de Fútbol decidió crear una segunda división.

La popularización del fútbol, no sólo como práctica sino ya como un evento convocante, fue posible por varios estímulos, allende el propio voluntarismo de los militantes del fútbol. En este sentido, algunos de los hitos que jalonaron el desarrollo del fútbol argentino fueron las visitas de equipos extranjeros, sobre todo ingleses. El primero en arribar al país fue el Southampton en 1904. En esta ocasión, sólo visitó Buenos Aires, pero al año siguiente, la gira del Nottingham Forest incluyó Rosario, donde se enfrentó con Atlético del Rosario en Plaza Jewell. Aunque reforzado con jugadores de Rosario Central, Atlético perdió por 5 a 0.

A estos encuentros asistía un público masivo, además de concitar la presencia de autoridades y personalidades de la época. Los equipos ingleses eran recibidos con expectativas, ya que se trataba de los maestros que mostraban cómo se jugaba al fútbol. Pero los encuentros también servían para mostrar la contraposición de estilos que se iba gestando: la adaptación criolla, un fútbol individualista antes que colectivo, acaso más lento y displicente, versus la versión original de la tradición británica, un juego físico, vertiginoso y con orden táctico.

También contribuyó a elevar el nivel de la competencia, a la vez que acercó más al público, el hecho de que todos los años la Liga Rosarina y la Asociación Argentina organizaron diferentes competiciones para enfrentar a sus equipos. Una de ellas fue la Copa de Honor, la cual fue disputada a partir de 1905 por combinados de ambas Ligas.

La creciente cantidad de equipos y por ende, de buenos jugadores, alentó la formación de estos combinados rosarinos, que se enfrentaron con frecuencia a equipos de la capital provincial, de otras provincias, equipos porteños o uruguayos, y que recibían asiduamente visitas internacionales.

El público de las primeras épocas del fútbol organizado era heterogéneo, pero con seguridad estaba en su mayoría compuesto por varones jóvenes de los sectores populares, muchos de los cuales practicaban fútbol aficionado. Con el correr de los años, la concurrencia a los partidos fue aumentando, por lo que se complejizó la organización. Uno de los aspectos que generó más discusiones fue el cobro de entradas, que con el tiempo se tornó una

fuerza de recursos insoslayable para instituciones que crecían en tamaño y en complejidad.

La temprana aceptación popular del fútbol es señalada en el censo municipal de 1906. En referencia a los deportes practicados en la ciudad, se indica que “El que ha tenido mayor difusión es el *foot-ball*. Varios son los *teams* organizados que tienen sus *fields*, diversos colegios forman cuadros con los alumnos. El Rosario ha concurrido a disputar la copa en campeonatos nacionales e internacionales...”

Ciertamente este proceso transformó el espacio social y modificó el uso del ocio y el tiempo libre. Pero en él intervenía no sólo el fútbol “oficial”, y los clubes que conforme pasaban los años se consolidaban deportiva e institucionalmente, sino también el universo del fútbol informal y aficionado, profuso e inestable, que involucró a una gran parte de la sociedad.

La popularización

Además de los intentos organizativos de un fútbol oficial, la popularización de este deporte en la ciudad implicaba todo un mundo futbolístico que abarcaba desde los picados informales en cualquier “hueco” de la trama urbana, a toda una serie de torneos aficionados y ligas independientes, a lo largo y ancho de una ciudad que se expandía en el espacio y crecía demográficamente.

Entre 1887 y 1910 la población de Rosario aumentó de 50.914 habitantes a 192.278. La inmensa mayoría eran hombres y mujeres que trabajaban en las incipientes industrias o a domicilio en las piezas de los conventillos, y casi la mitad de ellos eran inmigrantes, mayormente -aunque no únicamente- italianos y españoles. También arribaron migrantes internos, provenientes no sólo de la zona rural cercana a Rosario, sino de otras provincias. Unos y otros llegaban incentivados por la creciente urbanización de la ciudad, que generaba expectativas laborales y de mejora en sus condiciones de vida.

Los barrios que nacieron a medida que se expandía la ciudad recibieron a esos migrantes, que recién llegaban o que, radicados

hacía tiempo, buscaban una mejor vida fuera del antiguo radio céntrico. El tendido de líneas de tranvías hacia zonas con poca o nula población y la especulación con la tierra urbana mediante el loteo a plazos influyeron en el nacimiento y poblamiento de muchos barrios nuevos. A eso hay que sumarle, como factores fundamentales de la radicación en las nuevas zonas, la construcción de nuevas casas de inquilinato o conventillos como forma de negocio rentable, y la aspiración de algunos sectores de trabajadores, más antiguos o estables, de construir la vivienda unifamiliar.

Luego de una primera etapa en la cual el fútbol formó parte de la sociabilidad de la burguesía criolla y de la colonia británica, durante la primera década del siglo XX, los varones de las clases trabajadoras adoptaron el fútbol. Estos jóvenes nativos o inmigrantes podían jugar de modo informal y puramente recreativo. Una forma de sociabilidad juvenil masculina que no requería demasiado para realizarse: un espacio que ofreciera las condiciones mínimas para jugar, la reunión de una cantidad aceptable de participantes, algo parecido a una pelota y disponer de tiempo libre. La primera experiencia ya provenía de la infancia. Los niños rosarinos tomaban la calle y los terrenos desocupados, para jugar con pelotas de

trapo o de goma. Las escuelas estatales no fomentaban el fútbol, ya que para la época, los modelos de educación física eran el sueco y el francés que, opuestos al modelo inglés, excluían la competencia deportiva como parte de la enseñanza. De modo que se impuso, desde el principio, la escuela del baldío, que más tarde sería reivindicada como la tradición del “potrero”.

La popularización de la práctica de fútbol fue posible, además del fútbol informal, por la proliferación de clubes que se fundaban con poco más de once socios que a la vez eran jugadores y directivos. Porque cuando aquel grupo de jóvenes que jugaban habitualmente se proponía competir contra otros equipos en el marco de competencias periódicas, juntar el equipo no alcanzaba. Había que fundar un club, requisito básico que estos torneos imponían. Oscar Ongay, en sus crónicas del fútbol rosarino, relata: “Los adolescentes eran más organizados para las competencias que se improvisaban todos los días. Era así como se constituían los clubes que, sin sedes sociales, tenían su acervo patrimonial en las camisetas, inflador y pelota de cuero que se dejaban en el domicilio del depositario elegido por la barra”.

En la difusión del fútbol, estaba incorporada desde los orígenes la forma asociativa “club”, que era una figura mediante la cual los ingleses configuraron sus actividades recreativas, entre ellas los deportes y especialmente el fútbol. De modo que los interesados debían reunirse y acordar lo necesario para darle forma al club: adquisición de un campo de juego, sede, camisetas, símbolos, elección de autoridades, y sanción de estatutos y reglamentos. Así surgieron infinidad de asociaciones, la mayoría efímeras, cuya característica más notoria era que se trataba de clubes-equipo: casi idéntico número de socios, jugadores y directivos. Ese escenario de clubes surgiendo por aquí y por allá, era muy inestable. Muchos se fundaban y desaparecían en poco tiempo, otros se fusionaban dando lugar a una nueva institución.

En el proceso de constituirse como clubes, estos jóvenes debían asumir una identidad propia que los diferenciara del resto: los colores y la designación. Debían identificarse con un nombre, que podía ser elegido en base a diversos criterios: fechas o héroes patrios, connotaciones generacionales, o con mucha frecuencia, la pertenencia territorial. Algunos, además, colocaban en virtud de la tradición británica, al final o al principio los vocablos anglo-

sajones *football*, *athletic* o *sport*, entre otros. Esto es una particularidad, ya que se trata de la única referencia idiomática extranjera en los nombres de los clubes, en un momento de auge de la inmigración de otras procedencias.

Para estos jóvenes que fundaron clubes-equipo, era necesario contar con un *field* propio, un campo de juego. Sin embargo, para una gran parte de estos clubes en las primeras décadas del siglo XX que participaban en las ligas independientes u otros torneos al margen de la Liga Rosarina, la posesión de una cancha no fue posible. La extensión de la trama suburbana generó innumerables espacios vacíos, baldíos pasibles de ser utilizados para partidos de fútbol informal. Sin embargo, la apropiación de un terreno fue haciéndose cada vez más difícil.

Tanto en Rosario como en otras ciudades –Córdoba, Buenos Aires- el crecimiento del fútbol como práctica y espectáculo popular fue simultáneo a la expansión vertiginosa de la ciudad. En la búsqueda de un espacio propio, los equipos tuvieron que adaptarse a las vicisitudes del mercado de tierra urbana y de la acción estatal. Para instalar una cancha intentaron ocupar los espacios libres que iban quedando a medida que se expandían los nuevos barrios.

Trataron de establecerse básicamente en aquellos predios privados que todavía no tenían valor mercantil o en los públicos que todavía no habían sido proyectados. Pero estas opciones se fueron limitando drásticamente con el crecimiento urbano, paralelo a la especulación inmobiliaria y la intervención municipal.

Si para los clubes que constituirían el fútbol “oficial” la posesión de un campo de juego fue un problema durante mucho tiempo, imaginemos las dificultades que esta incertidumbre causaba en el mundo del fútbol aficionado. Sólo algunos clubes podían afrontar el alquiler de una cancha, y eran menos aún los capaces de comprarla. De modo que muchos equipos se quedaron sin cancha, y debieron apelar a otras estrategias. En barrio Echesortu, por ejemplo, la llamada Quinta San Pedro albergó los partidos de numerosos clubes de Echesortu y de otros barrios. Este espacio emblemático era una lonja de tierra de casi seis hectáreas que originalmente había sido una quinta dedicada a la producción de verduras, hortalizas y frutales. A fines del XIX y los primeros años del XX, con los primeros pobladores, fue escenario de romerías y verbenas. Con la popularización del fútbol, los clubes del barrio instalaron precarias canchas en el predio de la quinta.

Allí hicieron de locales Arrillaga, Almafuerte, Colombina y hasta, en algún momento, Atlantic Sportsman, congregando público de los barrios del oeste los fines de semana. La “canchita San Pedro” se mantuvo hasta los treinta y cuarenta, cuando según un cronista, era “el verdadero deleite para la purretada que tras una pelota de trapo soñaba con imitar a los cracks de la época”.

Fuera de las divisiones del fútbol oficial existían numerosas competencias: desde verdaderas ligas, como la Liga Amateurs Independiente o la Liga Zona Oeste, hasta torneos de corto aliento, pasando por desafíos al mejor de dos partidos. En este último caso, las invitaciones o retos se hacían por diversos medios: por el diario, por cartas, o en las paredes.

Para los jóvenes de las clases trabajadoras, aunque sólo para los varones, el fútbol se convirtió en una experiencia de sociabilidad cualitativamente diferente. El fútbol fue una actividad que, como señala el historiador Julio Frydenberg, estaba basada en un fuerte compromiso corporal y afectivo, que los jóvenes adoptaron como una práctica distintiva respecto tanto de las generaciones mayores como del espacio escolar.

Fútbol, barrios y espectáculo

Toda esa efervescencia generada en torno al fútbol que fue creciendo desde la primera década del siglo, tuvo su corolario en la década del veinte. Estos años significaron la estabilización del fútbol, como una práctica que excedía a los jóvenes entusiastas para pasar a formar parte de la vida cotidiana de la ciudad y sus instituciones. Significó también la consolidación del gran espectáculo futbolístico: grandes estadios, públicos masivos, cobertura mediática y otras características que perdurarían por décadas.

En la década de 1920 la ciudad de Rosario se consolidó físicamente, las urbanizaciones crecieron y se expandieron dando forma a muchos barrios. La transformación urbana de la década estuvo marcada por una intensa mercantilización de tierras en áreas hasta entonces consideradas suburbanas, más allá de los bulevares y avenidas. A partir de 1925, la actividad municipal tomó una serie de medidas destinadas a articular las obras de infraestructura iniciadas a comienzo de siglo y que se habían ido completando gradualmente. Se extendieron las redes de agua y cloacas, elementos clave de esta época, se encaró la mejora de la

atención hospitalaria y se inició un plan de construcciones financiada por el estado municipal.

El clima social no era el mismo que el de la década anterior. Luego del ciclo de protesta obrera que tuvo su punto más álgido en la Semana Trágica de 1919, la conflictividad social se atenuó, y los sectores populares fueron incorporados a la vida pública en términos más conciliatorios. La jornada laboral de ocho horas menos extenuante y el aumento del poder adquisitivo del salario, elevaron las expectativas de consumo de bienes materiales y culturales e incrementaron el espacio para el ocio y el tiempo libre. También fueron constituyéndose las llamadas “clases medias”, a la par del crecimiento del empleo público y privado calificado.

En los años de entreguerras, los barrios se configuraron como espacios donde se desarrolló un asociacionismo popular muy importante. Ese asociacionismo, que tenía un fuerte arraigo local, tuvo una de sus expresiones en el florecimiento de clubes barriales. Aunque eran espacios predominantemente masculinos, gradualmente fueron acercando al resto de la familia y se convirtieron en lugares importantes de sociabilidad. Muchos de

ellos se configuraron como “sociales”, otros como “sociales y deportivos”, pero una gran parte dedicó sus principales esfuerzos al deporte que más adhesiones generaba: el fútbol.

Echesortu, otra vez, es un ejemplo de este proceso. En los años veinte existían en este barrio del oeste numerosos clubes de cierta importancia que se dedicaron a la práctica del fútbol: Lusitania, Atlantic Sportsmen, Arrillaga, Colombina, Bazar Oriente, Sporting Club, Racing Club, El Luchador, Juventud Unida, Echesortu FC, Pentalfa, Servando Bayo, Unión y Progreso, El Fortín, Los Bohemios, entre otros. Muchos desaparecieron, otros permanecieron pero orientándose a otros deportes. Atlantic Sportsmen Club, nacido en 1912 y aún existente, participó en los torneos rosarinos de fútbol más importantes hasta mediados de la década del 30, cuando se impuso el profesionalismo.

También es cierto que la febril tendencia a la formación de clubes-equipo iniciada años antes, se multiplicó en los veinte y treinta. En la mayoría de los casos, estas agrupaciones fundadas para competir futbolísticamente no se constituían en entidades sólidas y estables. Terminaban fusionándose con otros clubes o

— |

simplemente se disolvían luego de una pobre campaña, al quedarse sin recursos o por desavenencias entre sus miembros. Muchos de estos socios-jugadores, para poder seguir jugando ofrecían su servicio a otros clubes, con los que no necesariamente estaban identificados. Pero esta movilidad y profusión de instituciones no hacía más que alimentar el abigarrado paisaje futbolero de la época.

En una ciudad en crecimiento, el fútbol fue un elemento importante en el proceso de conformación de las identidades barriales. Aunque sea menos evidente que en la capital argentina, donde muchos barrios tienen un club con una masa social importante, no hay que soslayar esta relación entre el fútbol y los barrios rosarinos. La formación de una identidad territorial fue el resultado de la necesidad de construir una cancha en un lugar y de la posterior defensa simbólica de ese reducto por parte de jugadores y vecinos. La identidad barrial también está íntimamente relacionada con las rivalidades entre clubes, que los medios de comunicación estimularon como una forma de atraer público a los estadios.

Por otra parte, el fútbol se configuró como un espectáculo masivo. Para esto debieron intervenir varios factores: una real mejora en el poder adquisitivo de los sectores trabajadores, el aumento del tiempo libre, el desarrollo de la red de transporte urbano, la difusión en los medios, y por supuesto, la propia infraestructura de las instituciones deportivas.

Los cambios institucionales se hicieron muy visibles. En los años veinte, algunos clubes se convirtieron en instituciones con centenares de socios, y diversificaron sus actividades. Incluyeron, además de otros deportes, un gran número de actividades sociales que aumentaron su arraigo local. En varios de ellos la práctica de otros deportes fue tan exitosa que no llegaron a destacarse en la historia del fútbol grande. En otros clubes, el fútbol fue el eje de la actividad institucional.

El perfil británico de los orígenes, elitista, ya había decaído en la década del diez, para desaparecer definitivamente del fútbol en los años veinte. Las clases medias irrumpieron en las comisiones directivas, que se componían principalmente de sectores propietarios y profesionales. Los clubes y sus dirigencias, acen-

— | | —

tuaron en esta época sus vínculos con personajes políticos o funcionarios públicos.

El problema del terreno y el estadio propios, ya mencionado, adquirió en estos años una nueva dimensión. La situación había mejorado respecto de los orígenes, pero todavía no estaba resuelta. Ante la creciente masividad del espectáculo, los clubes debieron construir un estadio lo más grande posible. Mientras en Buenos Aires se construía el primer estadio de cemento (Independiente en 1928) y el primero moderno con iluminación artificial (Vélez Sarsfield en 1928), Rosario Central después de peregrinar por distintos terrenos de la ciudad, y ya liberado institucionalmente del ala del Ferrocarril Central Argentino, obtuvo en 1927 la concesión municipal de un terreno en Arroyito, y dos años después pudo inaugurar un estadio de grandes dimensiones.

La captación y formación de futbolistas se generalizó, las divisiones inferiores crecieron paulatinamente, con el consecuente proceso de selección. También florecía un mercado de pases, el llamado “golondrineo”, y se extendió la práctica del amateurismo marrón: los clubes más poderosos captaban a los jugadores talen-

tosos tanto en la ciudad como fuera de ella, apelando al recurso del marronismo, una remuneración “ilegal” por jugar al fútbol.

Las particularidades del desarrollo de cada institución durante este proceso dio lugar a que en estos años se hicieran más fuertes las asimetrías entre clubes grandes y chicos, sobre todo el despegue definitivo de Rosario Central y Newell’s Old Boys. Asimetrías que, a nivel nacional, desembocaron en la profesionalización del fútbol.

Durante esta década, el futbolista logró tener reconocimiento social. Usando una analogía con la industria cinematográfica, es el nacimiento del *star-system* en el fútbol. Incentivado por la prensa, este reconocimiento también comenzó a influir en el interés por el espectáculo futbolístico. No sólo iban a ver al club de sus amores, sino también a las incipientes estrellas. La tapa de la revista *El Gráfico* de agosto de 1927, presentaba a “dos colosos del football argentino”, juntos y recostados sobre un arco: Gabino Sosa y Octavio Díaz, figuras de Central Córdoba y Rosario Central respectivamente. Ambos rosarinos iban a defender “los colores nacionales frente a los uruguayos por la disputa del Trofeo Lipton”.

El papel de los medios de comunicación en la difusión y consolidación del fútbol como espectáculo fue crucial. La radio, que comenzaba con sus transmisiones, los periódicos como el rosarino *Reflejos*, y las revistas especializadas otorgaban importante espacio a difundir información, pero también a fomentar rivalidades y a ensalzar estrellas del fútbol. Ayudando a “construir” un espectáculo de masas.

En estos años ir a la cancha pasó a ser un hábito general, aunque con una marcada fragmentación etaria y de género: se había extendido a la gran mayoría de los varones jóvenes de los sectores populares. El “hincha” se convirtió en una de las figuras principales del espectáculo futbolístico, como un seguidor fiel identificado con los colores.

Hacia una nueva era: el fútbol profesional

Los jugadores de los años veinte, casi todos, habían vivido en su infancia una experiencia común: la de jugar en el baldío y en la calle, con la pelota de trapo o de goma. En los albores del siglo, los niños que pateaban una pelota no avizoraban un horizonte de éxito individual, menos aún de fama ni dinero. En todo caso, aspiraban a poder formar con sus congéneres un equipo para poder competir.

Si en los primeros tiempos las expectativas de ascenso futbolístico estaban depositadas en los clubes, o equipos-clubes, hacia fines de los veinte, la cada vez más nítida demarcación entre un fútbol competitivo y uno aficionado o informal, llevó a que la principal movilidad se diera en términos individuales, de jugadores que avanzaban hasta llegar a debutar en “primera”.

El tránsito entre clubes no era nuevo. Las instituciones que se iban perfilando como las más poderosas y estables, atraían hacia sus filas a los mejores talentos. En 1905, un adolescente Harry Hayes solicitó a la Liga Rosarina autorización para pasar de Gimnasia y Esgrima a Rosario Central. En un hecho inusual, la

Liga aceptó el pedido a condición de que abonara una pequeña suma en concepto de “derecho”, lo que fue pagado inmediatamente por el club receptor, en el que Hayes luego tendría una larga y exitosa carrera futbolística.

Dos décadas de fútbol organizado, sin embargo, habían favorecido el desarrollo y la valoración del especialista, del habilidoso, del jugador que era requerido por su talento. En ese contexto, la práctica del “golondrino” se hizo frecuente: el paso de un jugador por varios equipos durante su carrera, más allá de sus simpatías que como hincha podía haber tenido, lo que era una clara diferencia con la fidelidad al equipo, propia de las primeras épocas. Para fines de la década del veinte, el amateurismo “marrón” o profesionalismo ilegal era un recurso bastante generalizado. Incluso la figura del dirigente se especializó, con la labor intensiva de los clubes grandes buscando nuevos talentos en los potreros o en el interior, o negociando con los jugadores talentosos cambiar de club.

Los métodos para atraer jugadores y compensarlos económicamente eran variados, como variada era la situación socioeconó-

— |

mica y laboral de los futbolistas: muchos tenían su empleo fuera del fútbol, otros más jóvenes eran sostenidos por sus familias, y muchos sólo accedían a un ingreso salarial por jugar al fútbol. Los clubes podían recurrir a pagar sumas mensuales y sumas por partido a los jugadores más importantes, dinero en concepto de “viáticos” a casi todos, además de una de las prácticas más particulares del marronismo: el ofrecimiento de un trabajo en el Estado o en una empresa privada, por el cual el jugador cobraba un sueldo sin presentarse a trabajar o haciéndolo con un régimen flexible. Esto era posibilitado por las relaciones que los propios dirigentes podían tener con empresarios o con políticos. A veces, éstos últimos eran ellos mismos dirigentes de clubes.

Todavía en los veinte era difícil romper con una visión tradicional sostenida desde muchos ámbitos, de un fútbol completamente amateur que respete los orígenes ingleses. Por lo que pagar y cobrar por jugar al fútbol no era bien visto por muchos, entre ellos algunos jugadores, dirigentes y buena parte de la prensa. Pero a pesar de la resistencia ofrecida por algunos, el marronismo fue una consecuencia inevitable de muchos factores vinculados con el desarrollo del fútbol. Entre ellos la lógica mercantil que se impu-

so conforme creció el espectáculo futbolístico, la intensa rivalidad entre equipos, el ánimo excesivamente competitivo y el exitismo añadido, fomentado a veces desde la prensa.

Además fue fundamental un aspecto que ya se había extendido en el fútbol europeo; la necesidad del *training*. Estaba demostrado que para la alta competencia era preciso un entrenamiento más sistemático que un solitario partido entre semana, que parece haber sido la preparación más común en los clubes hasta ese momento. Esto implicaba un compromiso de tiempo y una dedicación mayor, y eso no era fácil para quienes tenían un trabajo aparte del fútbol. Al respecto, Julio Frydenberg rescata el testimonio de Gabino Sosa, que en 1929 se quejaba de no tener tiempo para entrenarse: “No puedo. Trabajo durante la semana y el domingo tengo que ir a jugar sin entrenamiento previo”. Para los jóvenes de las clases populares, el fútbol como opción laboral fue ganando terreno, y cada vez más entre jugadores y clubes -los grandes más que los chicos- establecieron una verdadera relación salarial, que aunque todavía no era blanqueada fue teniendo cada vez más aceptación.

El entrenamiento y la especialización debían concentrarse, a juicio de algunos dirigentes y observadores, a “disciplinar” al futbolista criollo, eliminando o atenuando lo que consideraban vicios y mañas características del fútbol local, como el excesivo individualismo o la poca predisposición al esfuerzo físico en la cancha. Estos aspectos ya habían tenido oportunidad de ser contrastados en enfrentamientos con equipos de otras latitudes, fundamentalmente con equipos ingleses, y en las recientes pero cada vez más frecuentes competencias internacionales en las que participaba un combinado nacional, como en las Olimpiadas o el primer Campeonato Mundial de Fútbol de 1930.

La disciplina no sólo implicaba entrenar toda la semana sino tener un estilo de vida acorde a la exigencia futbolística, como por ejemplo, la modificación de los hábitos nocturnos, el alejamiento de los “vicios” y una dieta más adecuada. Todos estos aspectos no podían imponerse definitivamente si no se compensaba económicamente al jugador. En rigor, el fútbol debía convertirse en un trabajo.

Para los clubes, por otra parte, el marronismo producía serios problemas administrativos. Por lo que muchos dirigentes veían como un beneficio del profesionalismo el blanqueo de una situación irregular, en la que los clubes debían manejar varios sistemas contables paralelos. Además, suponían que con el cambio de sistema podrían manejar los montos de los pagos a los jugadores, estableciendo topes para los pases y contratos.

1931 fue un año clave. Hasta ese momento, en el fútbol oficial no existía el “pase libre”, un jugador sólo podía cambiar de equipo con la autorización de los dos clubes involucrados. La transgresión de la norma implicaba un duro castigo para el jugador. En abril de 1931 los jugadores de fútbol de la liga oficial, la Asociación Amateur Argentina de Football (AAAF) organizaron una huelga exigiendo la libertad de pasar de un club a otro sin la necesidad de la autorización de ambas entidades. Querían que se acepte la posibilidad de cambiar de club contando sólo con la aprobación del nuevo club que los recibiría.

La huelga de jugadores no fue la causa de la instauración del profesionalismo como se suele sostener, ya que esto no era si-

quiera una demanda de los jugadores. Pero fue el último eslabón de una cadena de situaciones conflictivas que se resolvió con la creación de la Liga profesional. Una dura lucha entablada entre los mismos dirigentes del fútbol argentino en torno a la decisión de profesionalizarlo, las conflictivas situaciones originadas por un activo pero no regulado mercado de pases y las propias acciones que los jugadores tomaron para protegerse, incluida la huelga, más la decisiva intervención del Estado nacional en favor de la profesionalización, desembocaron en la creación de la Liga Argentina de Football en 1931.

En junio del mismo año, se reunieron en la sede de Newell's representantes de varios clubes, dando origen a la Asociación Rosarina de Fútbol, que sucedió a la antigua e inconstante Liga, iniciando también el camino del profesionalismo, legalizando aquellas "situaciones incómodas" –según la visión de la época– que producía el marronismo. La profesionalización del fútbol local evitó también el éxodo de jugadores rosarinos hacia Buenos Aires, donde los clubes nucleados en la nueva liga profesional tentaban con muy buenos salarios.

El desarrollo desigual de Central y Newell's respecto de los otros clubes, entre otros factores, desembocó en la incorporación definitiva en 1939 de los dos grandes rosarinos al campeonato de primera división de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), como se denominaría desde 1934. Luego, también participarían otros clubes –Central Córdoba, Argentino de Rosario y Tiro Federal- en los campeonatos nacionales.

No todos se adaptaron a los nuevos tiempos. Algunos clubes desaparecieron, otros se dedicaron a deportes diferentes. Algunos jugadores, tanto en Rosario como en Buenos Aires, incluso habían amenazado retirarse si el fútbol se profesionalizaba. Gabino Sosa es un ejemplo de las contradicciones que en muchos de los actores del ámbito futbolístico produjo la profesionalización. Personaje atípico desde su aparición en Central Córdoba en la década de 1910, sobre “el payador de la redonda” hay una profusa mitología. Más o menos reales o ficticias, todas coinciden en mostrarlo como el paradigma de aquel que jugaba por el placer de hacerlo y que se mostraba perplejo ante la preponderancia que adquiriría el negocio del fútbol. En una reseña biográfica de Sosa, Andrés Bossio relata que en 1931, convocado para firmar su

primer contrato profesional, Gabino no se atrevió a hablar de dinero y apenas pudo firmar, dejando la definición de su salario al criterio de unos sorprendidos dirigentes. Según la crónica, sólo pidió antes de irse un regalo para su hija.

Las resistencias a la profesionalización se materializaron también en la creación de la Liga Rosarina de Fútbol Amateurs, vigente de 1931 a 1935, integrada por los clubes que no aceptaron la profesionalización y rompieron con la nueva Asociación, entre ellos algunos muy importantes, como Gimnasia y Esgrima o Atlantic Sportmen.

Las posiciones en contra de la profesionalización no eran sostenidas sólo por los defensores de la tradición británica sportivista, quienes hacían hincapié en el envilecimiento que el dinero provocaba en el deporte. También hubo resistencias iniciales desde algunas posiciones de izquierda, en tanto se consideraba la mercantilización del fútbol como promoción del deporte burgués, comercial, amén de una sospecha que se extendía también a otras distracciones populares consideradas un nuevo opio para el pueblo.

Más allá de las recurrentes críticas y de la realidad de la mercantilización, es innegable que la profesionalización y la consecuente posibilidad de vivir de un salario por jugar al fútbol, implicaron para amplios sectores de las clases trabajadoras la posibilidad de dedicarse a este deporte de manera exclusiva, constituyéndose como una vía de ascenso social.

En los años treinta, la etapa del deporte por el deporte mismo ya había quedado atrás. Siguió siendo practicado por miles de aficionados, con distintos niveles de competencia, mientras que se mantuvo como una de las formas preferidas de uso del tiempo libre para los varones. Pero por otro lado, se convirtió en un gran negocio, formando parte junto con otros espectáculos, como el cine, de una industria del entretenimiento para los sectores populares que irrumpían definitivamente en la escena pública. Las tendencias que habían madurado en la década del veinte, se consolidaron luego de la instauración del profesionalismo, confiriendo al fútbol las características generales con las que hoy lo conocemos. No obstante, en las décadas posteriores sufrió nuevos cambios a la par de las transformaciones que atravesó la propia sociedad.

Bibliografía

Bossio, Andrés, *Los orígenes del fútbol*, Rosario, Ediciones de Aquí a la Vuelta, 1991.

Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Ongay, Oscar, *Rosario, fútbol y recuerdos*, Rosario, Amalevi, 1991.

Reyna, Franco D., *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y la difusión del fútbol en Córdoba (1900-1920)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti", 2011.

Roldán, Diego, *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (siglo XX)*, en Barriera, Darío (Dir.), *Nueva Historia de Santa Fe*, Tomo IX, Rosario, Prohistoria - La Capital, Rosario, 2006.

